

EL "YO" Y EL "NOSOTROS"

Filosofía de un lenguaje cristiano.

Santiago de Anítua, S. J.

Introducción.

En nuestro tiempo existencialista es ya un tópico hablar de la dialéctica del vivir humano. Cuando Hegel propuso su filosofía dialéctica, sonó su enseñanza a un absurdo de problemática germana. Y aun hoy los manuales filosóficos para uso de las escuelas clericales refutan de un plumazo el método dialéctico hegeliano, achacándole que niega el principio de contradicción, que es primo et per se evidens. Lo mismo vale para el materialismo dialéctico de Marx. Sin embargo, profundizando un poco en la doctrina escolástica de la analogía, vemos que el ser en su profundidad ontológica es dialéctico: uno y múltiple, simple y complejo. Decir que Dios y la creatura, la sustancia y el accidente, participan de un mismo ser metafísico, y, al mismo tiempo, se diversifican esencialmente en su misma noción de ser, no es otra cosa que admitir la constitución dialéctica del mismo ser.

Pero si descendemos de las alturas inhóspitas y solitarias del ser metafísico a la concreción del hombre, sujeto y objeto primario de toda filosofía, la dialéctica del existir humano se nos hace inevitable. El hombre es un ser en lucha: individuo-social, persona-comunitaria, espíritu-encarnado, libre-determinado. Ambos extremos están juntos en una unidad de existencia dialéctica, como dos platillos de balanza contrarios y complementarios, que es preciso mantener en equilibrio. Quizá por eso Sciacca titula una de sus obras con el sugestivo epígrafe: **EL HOMBRE ESE DESEQUILIBRADO**. Porque es difícil mantener el equilibrio cuando dos extremos nos condicionan y constituyen. Podemos incluso afirmar, sin temor a que nos tachen de demasiado simplistas, que la historia de la filosofía es la historia de los extremismos humanos, que quieren ser justificados por el pensamiento. Todo el pensar humano discurre bipolarmente, condicionado por los aspectos o elementos antitéticos y dialécticos del hombre: idealismo-realismo, espiritualismo-materialismo, intelectualismo-voluntarismo, fideísmo-racionalismo, abstraccionismo-vitalismo, esencialismo-existencialismo. Y podríamos seguir enunciando "ismos". Y todos ellos cargando el acento sobre uno de los extremos del hombre y de su conducta.

Sin embargo, hoy y en la práctica, los "ismos" más peligrosos nos parecen el "individualismo" y el "socialismo". Porque ambos no expresan solamente dos actitudes del pensamiento, sino dos modos de vida y de conducta. Y en el tiempo de la democracia, de la libertad y del comunismo-existencialismo. Y podríamos seguir enunciando "ismos". Y todos ellos cargando el acento sobre uno de los extremos del hombre y de su conducta.

1.—Dos perspectivas del YO y del NOSOTROS.

En las gramáticas de nuestras lenguas occidentales estamos acostumbrados a comenzar la conjugación de los verbos con el YO y el singular. Y este método pedagógico se basa en todo el pensamiento filosófico occidental y moderno. Estamos persuadidos de que nuestro conocimiento primordial y básico es el del propio yo, que reluce en todo acto de conciencia. Si de algo no podemos dudar es de nuestra propia existencia, que se manifiesta incluso en el acto de la duda y del error. "Dudo, luego existo". Es la primera conclusión de la filosofía cartesiana. "Me engaño, luego existo". Era el pensamiento de Agustín. Y de la certeza en la existencia del yo, fundada en la evidencia, pasamos a constatar la certeza de los demás conocimientos: del tú y de él o de ello.

No discutamos ahora si esta es la única solución del problema del conocimiento, ni siquiera nos ocupemos en analizar si es válida. Al menos es un hecho de nuestra filosofía occidental.

Ahora bien; si partimos del yo, entonces el NOSOTROS aparece como una mera multiplicación de YOS, un plural del YO. Yo y mis otros "yos", son los que formamos el nosotros: yo y los que están unidos conmigo con algún lazo personal de amistad, ideología, trabajo, aficiones, etc. El "Tú", es el interlocutor y opo-nente mío, es el distinto de mí con quien hablo y discuto, el próximo a mí, pero alejado de mí, al menos en cuanto interlocutor. Y el "EL" es aquel de quien se habla. Esta es la gradación de las tres personas. Pero pongamos una nueva perspectiva en nuestro lenguaje y el horizonte

de mi conducta cambia por completo. Partamos del NOSOTROS. Y entonces el YO aparece solamente como una parte —individual y distinta en sí misma ciertamente, pero parte— de ese nosotros colectivo. El NOSOTROS incluye y presupone los YOS, no los destruye —(una muchedumbre no es un nosotros)—, los integra; pero ya el YO no es la base del nosotros, sino el elemento en el que aquel nosotros colectivo se disuelve. El NOSOTROS no es una prolongación del yo, sino que el Yo es un elemento individual del nosotros.

¿Es esta nueva perspectiva, una mera agudeza de la mente?

2.—Dios es un NOSOTROS.

Si quisiéramos hacer una filosofía ejemplarista a lo Platón, consideraríamos a las cosas desde arriba, desde su ejemplar. Seguiríamos el camino inverso al de Aristóteles. Aristóteles —y con él Santo Tomás— ascienden de las cosas hasta el Absoluto, del movimiento al motor inmóvil, de lo sensible a lo inteligible y a la idea. Y este es tal vez el camino más racional, pero no quiere esto decir que sea el más verdadero; es, quizá el camino más filosófico, pero no necesariamente el más realista. Si pudiéramos conocer el ejemplar eterno de las cosas, podríamos filosofar mejor sobre ellas. Y si el puro filósofo no puede hacerlo, tal vez lo pueda intentar el teólogo que filosofa.

Ahora bien; Dios es un NOSOTROS. Es una sola naturaleza en la comunidad de tres personas distintas, tres YOS esencialmente unidos en una misma esencia indivisible. Y la Sagrada Escritura y el testimonio de los Santos Padres, en los que se basa especialmente la doctrina del Concilio Vaticano II, nos enseñan que el Hombre fue creado a Imagen de Dios. De ahí deducía San Atanasio la unidad más íntima de la humanidad. Los hombres no forman una unidad sólo, porque participan de una misma naturaleza específica. La unidad específica es una unidad abstracta, filosófica. Aristóteles la colocaría entre los predicables y Santo Tomás entre los Universales Reflejos o de segunda intención. La unidad del género humano es mucho más profunda y más real. Tan real, que sólo un teólogo la puede descubrir. Todos somos UNO, porque fuimos creados a semejanza de la UNICA IMAGEN del Dios UNICO. Ese es el fondo más íntimo de nuestra unidad humana. Y de ella partirá el Concilio Vaticano II, para exponer el plan grandioso que ha de desarrollar la Iglesia en el mundo actual.

3.—El cristiano es miembro de un Cuerpo, de un pueblo, de un NOSOTROS.

Si seguimos profundizando en la teología, todos los hombres han sido creados para formar un sólo Reino de Dios, un Pueblo de Dios, un linaje real, un Cuerpo de Cristo. Y así somos

miembros de miembros. Y el miembro no tiene individualidad viva y operante sino en, del y para el cuerpo. Vive en el cuerpo, se sustenta del cuerpo y obra para el cuerpo. Mi cristianismo no es algo añadido a mi propia individualidad, sino el injerto mío en un cuerpo existente, del que vivo, en el que subsisto y para el que opero. Tengo la misma misión de Cristo.

Y Cristo tampoco era un ser puramente en sí, de sí y para sí. Era enviado del Padre, nacido para nosotros los hombres y para nuestra salvación, y la esencia de su vida, manifestada en el nombre puesto desde arriba, era ser salvador. Su vida no era para él, sino para los demás; no para poseerla, sino para entregarla. Quizá así podemos comprender las enseñanzas duras y paradójicas del Evangelio: "Quien quiera hallar su vida la perderá, y quien la perdiere la hallará".

Este principio de la primacía del nosotros sobre el Yo es fecundo en consecuencias, incluso para la concepción de nuestra propia religiosidad mal llamada individual. Nuestro cristianismo no es un problema individual que sólo atañe a mí y a Dios. No es la Iglesia una compañía aseguradora de la vida eterna, que exige únicamente la paga puntual de nuestras misas dominicales, o de nuestros primeros viernes o de nuestros actos de piedad individual. El cristiano no debe preocuparse más de su propia salvación, que de la salvación de sus hermanos: se salva salvando. Tiene una misión de salvación. Y por eso San Pablo anhelaba hasta ser anatema por sus hermanos. Y de Ignacio de Loyola nos queda una anécdota reveladora, que manifiesta cómo el Espíritu Santo da a conocer a sus elegidos este aspecto comunitario del cristianismo. Le preguntaron un día: "¿Qué prefieres? ¿Morir ahora con la certeza de que os salváis, o seguir viviendo y salvando a otros, poniendo en riesgo nuestra propia salvación?". Ignacio respondió sin titubear: —Seguir viviendo y salvando a otros. Y dejaría en las manos de Dios mi propia salvación.

Puede parecer la anécdota una locura de santo, a quienes viven preocupados de su propia religiosidad. Pero es profundamente teológica. Y reveladora por tratarse de un hombre del renacimiento, en el que el individuo era el centro del interés filosófico y humanista. Nuestra religión es entrega a Dios y a los demás. O, mejor; a Dios, en los demás. Primero es el NOSOTROS; y el YO participa de la salud y del vigor del nosotros englobado y afirmado en él. Quizá así podemos entender también la profundidad del precepto nuevo de Cristo: "Que os améis los unos a los otros, como yo os he amado". El precepto de la ley antigua llegaba hasta al amor del prójimo como a nosotros mismos. Cristo exige el amor al prójimo por encima de nosotros mismos. Exige un amor como el suyo. Y El nos amó hasta el fin, hasta ofrecerse por

nosotros mismos y santificarse, para que fuéramos santificados en la verdad. **"Yo me santifico por ellos"**. El YO no es sino una parte integrante del nosotros.

4.—Consecuencias de esta doctrina en el Concilio Vaticano II.

De este principio deduce el Concilio Vaticano II sus doctrinas pastorales y prácticas.

a).—El apostolado como vocación esencial de todo cristiano.

Hasta ahora se había podido pensar que había cristianos que profesionalmente se dedicaban al apostolado y otros que sólo debían preocuparse por su propia salvación. Si algún seglar hacía apostolado era por una moción supletoria y carismática del Espíritu Santo. La Acción católica y apostólica no era de todos. Podía haber buenos cristianos, con tal de que cumplieran con sus obligaciones individuales de cristianos. El Concilio ha reprobado vigorosamente esta concepción. Dice en su Constitución Dogmática sobre la Iglesia: **"Los laicos congregados en el pueblo de Dios y constituidos en un solo Cuerpo de Cristo bajo una sola Cabeza, cualesquiera que sean, están llamados, a fuer de miembros vivos, a procurar el crecimiento de la Iglesia y su perenne santificación con todas sus fuerzas... El apostolado de los laicos es la participación en la misma misión salvífica de la Iglesia"**. (33)

Y en el Decreto sobre el Apostolado de los seglares: **"Porque la vocación cristiana es, por su misma naturaleza, también vocación al apostolado. Como en la complexión de un cuerpo vivo, ningún miembro se comporta de una manera meramente pasiva, sino que participa también en la actividad y en la vida del cuerpo; así en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, todo el cuerpo crece según la operación propia de cada uno de sus miembros (Ef. 4, 16). Y por cierto es tanta la conexión y trabazón de los miembros de este cuerpo, que si un miembro no contribuye según su propia capacidad al aumento del cuerpo, hay que decir que es inútil para la Iglesia y para sí mismo"**. (n. 2).

Nuestra vida y nuestra salvación es en comunidad, el YO se salva y vive en el NOSOTROS, del NOSOTROS y para el NOSOTROS. Una concepción puramente egoísta del cristianismo es en sí misma contradictoria. Por eso el Concilio en su **"Constitución sobre la Iglesia en el Mundo Actual"**, enseña definitivamente que hay que superar la ética individualista. (n. 30).

b).—Diálogo dentro de la Iglesia y con los extraños.

También el Concilio y Pablo VI en su **"Ecclesiam suam"** han puesto de relieve la importancia del diálogo. El sacerdote no es un ser ais-

lado; forma un presbiterio común y todas las actividades individuales se engloban en la preocupación pastoral común. El Obispo no es un monarca individual de su grey; forma un Colegio Episcopal y dentro de este adquiere toda su importancia. Por eso ha de preocuparse por el bien de toda la Iglesia sin exclusivismos ni limitaciones territoriales. El pueblo fiel no es una muchedumbre de individuos cristianos, sino un pueblo y un linaje real y sacerdocio santo. Y todos ellos —jerarquía y fieles— forman una sola Iglesia de Cristo, compuesta de diversos miembros, pero con una misma misión y una misma vida. De ahí la necesidad de la intercomunicación y del diálogo y de la unidad. De ahí las necesarias relaciones de los Obispos con sus sacerdotes y sus fieles; de los sacerdotes con sus Obispos y sus feligreses; de los seglares con sus sacerdotes y sus Obispos. La obediencia no es una mera obligación jurídica que vincula a los súbditos con sus superiores, sino una subordinación y coordinación vital de unos miembros con otros. Y la desobediencia es un cisma, una separación vital, un trauma fisiológico de este Cuerpo Místico, bien trabado y conexo. (Ef. 4. 18).

De ahí la necesidad de este diálogo de los de arriba con los de abajo, reconociendo la existencia de carismas en el pueblo fiel; y de los de abajo con los de arriba, reconociendo la constitución jerárquica de este cuerpo, que, aunque es uno, consta de diversos miembros con diversas funciones.

Y de la concepción de la humanidad —como un todo hecho a imagen y semejanza de Dios; creado para Cristo, imagen consubstancial del Padre—, nace así mismo la necesidad del diálogo con los demás hombres, incluso con los que no son jurídicamente cristianos.

Así el diálogo no es una palabra que únicamente se ha puesto de moda, sino que está enraizada profundamente en la concepción teológica de la Iglesia y de la Humanidad, como un NOSOTROS en el que las individualidades están integradas con sus funciones diversas, pero con un fin común.

5.—Dialéctica del YO y el NOSOTROS.

Sin embargo con esta acentuación del NOSOTROS sobre el YO, no caemos en un socialismo filosófico a lo Durkheim, Natorp o cualquiera de los pensadores comunistas modernos. El NOSOTROS no absorbe al YO. El Individuo no se anega en el piélago del NOSOTROS. El YO no pierde su individualidad y su personalidad. La debe conservar necesariamente para constituir el NOSOTROS. El dedo humano alcanza su vida y su perfección en, de y para el Cuerpo del hombre, pero no deja de ser dedo, ni de tener su función individual dentro de la teleología y de la unidad natural del mismo

cuerpo. De la misma manera las Personas de la Trinidad son una misma esencia, pero la unidad esencial no destruye, sino que fundamental su misma individualidad. Ni el Padre, ni el Hijo ni el Espíritu podrían ser lo que son, si no fueran un sólo Dios, único e irrepetible.

De la misma manera no podría haber un Cuerpo de Cristo, una Iglesia, una sociedad y una humanidad, si no conservaran los miembros, los fieles y los hombres su individualidad. No podría haber coordinación, subordinación, obediencia y diálogo sin una diversidad de individuos YOS. No hay nosotros sin yo, pero tampoco puede haber YO sin NOSOTROS. Y este segundo término es el que habíamos olvidado.

Pablo VI en su "Ecclesiam Suam" da la doctrina para el diálogo. Y subraya que para que haya verdadero diálogo la Iglesia tiene primero que reflexionar sobre sí misma y sobre su misterio, tomar conciencia de su misión y de su naturaleza. Porque no puede decir nada, si no tiene nada que decir. Diálogo no significa contemporización y abdicación de la propia individualidad. No se dialoga con el ateo haciéndose el creyente ateo, ni se dialoga con el fiel, haciéndose el Obispo puro seglar. El diálogo exige comprensión, abertura al nosotros, pero no abdicación del YO.

Hagamos un poco de filosofía sobre el diálogo.

El diálogo se convierte en monólogo, deja de ser diálogo por dos defectos extremos: la cerrazón en mi propia individualidad, o la absorción del yo en el NOSOTROS.

Si uno de los interlocutores se cierra en su propia individualidad, si habla sin escuchar, si sigue su propio razonamiento sin contactar con la personalidad del otro, no hay diálogo; hay monólogo. Es el caso de quien habla y no oye. Hablan dos, pero cada uno sigue su línea paralela, que jamás se encuentra con la otra. En este caso puede hacerse imposible el diálogo, aun cuando ambos interlocutores compartan una misma base objetiva de conversación. Y por eso puede ser imposible un diálogo entre dos cris-

tanos, que comparten un mismo Credo objetivo; y se puede dialogar con un pagano que, no compartiendo el mismo credo, posee una verdadera actitud de abertura. La palabra es un vehículo de pensamiento, no una mera etiqueta de objetos. Y por eso no vale tanto en lo que expresa, sino en los que transmite. Una palabra sin nadie que la oiga es en sí misma inútil y no es siquiera palabra.

Pero el diálogo exige asimismo dos individualidades. Si uno solo habla y el otro solamente escucha, tampoco hay diálogo; hay indoctrinación, predicación, enseñanza, pero no hay diálogo.

Lo mismo pasa en la obediencia. La obediencia exige sumisión de una persona a otra. Si una persona no se somete, sino que es sometida, no hay propiamente obediencia, sino imposición.

Lo mismo debemos decir de la entrega y del amor. Si la persona no se entrega no hay amor. Hay un rapto o un robo de la personalidad ajena. De ahí el respeto a la persona que exige también el Concilio Vaticano II en su "Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual" y en el decreto sobre la "Libertad religiosa".

Y tampoco habrá sociedad donde no haya unión moral de individuos. Si el individuo desaparece habrá masa, pero nunca sociedad.

La existencia del hombre ha de ser esencialmente dialéctica. Y han de conjugarse, sin que se pierdan ninguno de los dos elementos, el YO y el NOSOTROS. El NOSOTROS no es una mera prolongación o plurificación del YO, pero tampoco el YO ha de diluirse en el nosotros: ha de integrarlo, especificarlo y diversificarlo. El YO ha de vivir en, de y para el NOSOTROS; pero ha de vivir su individualidad inalienable, que es la única que puede integrarlo en el NOSOTROS. He aquí por qué nuestra doctrina no es socialista ni es individualista. Ambos "ismos" son extremos y ambos parciales. No enfocan la totalidad del hombre, sino que lo limitan y lo hieren en su misma mismidad.

Quizá de estos principios debería partir una introducción a una verdadera sociología cristiana.

FERRETERIA Y ABARROTERIA

le ofrece al mejor precio

**VIDRI DUCH
& CIA.**

Teléfonos: 21-52-80 y 21-52-81.

San Salvador.

LIBRERIA CERVANTES

4ª Av. Sur N° 110.

Extenso surtido de Estampas,
Rosarios y Libros.

Regalos:

Todos a precios económicos.

Prontitud de servicio.

Teléfono 21-41-22.

San Salvador.